

# EL SACRIFICIO HUMANO EN LA *APOLOGÉTICA HISTORIA* \*

Teresa SILVA TENA  
Universidad de México

LA APOLOGÉTICA HISTORIA es, sin duda, la obra más sólida y a la vez la más brillante de Fray Bartolomé de Las Casas. Por lo menos, ha sido utilizada por antropólogos, principalmente, y es la que ha merecido menos desconfianza como fuente de *datos*, entre todo lo que salió de la pluma del ilustre dominico. L. Hanke lo considera —aquí— un verdadero pionero de la Antropología,<sup>1</sup> y más recientemente J. Pérez de Tudela Bueso publicó un inteligente análisis de Las Casas como antropólogo, aunque con una idea más integral de esa ciencia, es decir, como Antropología filosófica.<sup>2</sup> Sin embargo, el estudio más completo de la *Apologética* se lo debemos, en mi opinión, al doctor Edmundo O'Gorman, en cuyo Prólogo a la misma<sup>3</sup> define con rigor la estructura de la obra, da una interpretación propia, y hace la historia de la génesis del libro.

Dentro de esa estructura de la *Apologética*, la existencia de los sacerdotes (uno de los elementos que Las Casas considera indispensables —siguiendo a Aristóteles— para que exista una sociedad humana temporalmente perfecta) presupone el hecho de una religión. De ésta nos vamos a ocupar en este artículo únicamente de los sacrificios humanos, como parte del culto rendido por los gentiles a sus dioses. Nuestro objeto no será repetir ciertos datos que registra Las Casas al respecto (si no es para proporcionar algunos ejemplos), sino sacar en claro para el lector el pensamiento de Las Casas sobre este tema, donde a mi pare-

\* Conferencia sustentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de México, dentro del ciclo "Homenaje a fray Bartolomé de Las Casas", el 26 de octubre de 1966.

cer, se destaca especialmente la lucidez de su inteligencia, su originalidad, y también ciertas particularidades del carácter o temperamento del autor, en cuyo IV Centenario de su muerte le rendimos homenaje.

### *Definición y clases de sacrificio*

Ninguna “nación” para Las Casas, por brutal y bárbara que sea, carece del concepto de que hay un Dios superior, cuya ayuda le es indispensable. Y el sacrificio de toda clase, “es una protestación y testificación exterior del reconocimiento que tiene del señorío universal sobre toda criatura”, que sólo debe dar y ofrecer a Dios y no a otro alguno. (Cap. CXLIII). Así, ofrecer sacrificio a Dios es de ley natural; pero la elección de lo que se deba ofrecer no lo es, sino que “déjase a la determinación de los hombres” de toda una comunidad, o del que la rige. En este último aspecto, el sacrificio pertenece a la ley positiva. (*Ibid.*) Antes de que se descubriera la Nueva España —nos dice el autor—, es decir, antes de 1518, “. . . por ver el cuidado que los indios de aquestas islas, en especial desta Española y de Cuba, tenían de dar esta parte de los frutos que cogían, como primicias, y gastarla en ofrenda comencé a advertir ser de ley natural la obligación de hacer a Dios sacrificio, *que antes había leído y no visto. . .*” (CLXVI). En la rudeza de la humanidad, se ofrecían a los falsos dioses “no sacrificios de animales, ni cosa viva sensitiva, sino yerbas y flores y árboles y sahumeros de cosas odoríferas y aromáticas”. (CXLIV)

### *Origen del sacrificio sangriento*

La costumbre cruel de derramar sangre de animales en los sacrificios, “bañando y ensuciando con sangre hedentina los altares”, fue introducida por las iniquidades de los hombres. (*Ibid.*) Los animales sacrificados por la gentilidad del Viejo Mundo se hacían siguiendo ciertas reglas: ya porque ciertos dioses consideraban a determinado animal enemigo suyo (valga el ejemplo

de los machos cabríos sacrificados a Baco porque destruían las vides), ya por semejanza natural con el dios: animales machos se ofrecían a dioses varones, y viceversa; o bien porque había cierta significación al ofrecer determinados: animales blancos para dioses buenos, negros para malos; grandes por la magnitud del pecado (toro por el de un sacerdote; oveja por el pecado de una persona común y corriente), etcétera.

Entre los sacrificios, hubo algunos que el autor llama abominables y deshonestos, especialmente entre los pueblos del Viejo Mundo; v. gr. los ofrecidos al dios Baco, donde la deshonestidad y licencia alcanzaban el máximo. Por ejemplo, procesiones con las partes vergonzosas del hombre llevadas en andas, a cuyo paso la gente profería palabras sucias y deshonestas, y finalmente una matrona honesta, casada, ponía una corona a aquellas partes vergonzosas. ¿Qué mayor bestialidad y vileza pudo tener nación alguna? —pregunta el autor. Pero añade: “Todo esto hacían creyendo que por ser dios de las simientes Baco, los frutos de la tierra estaban seguros que no fueren aojados y no recibiesen otro daño” (CLI).

Por sacrificio debe entenderse, pues, en la *Apologética*, toda ceremonia especial, por absurda que parezca, para honrar a los dioses; toda *ofrenda*, desde el humo de incienso de los sahu-merios hasta el sacrificio humano.

### *El sacrificio humano*

Según la *Apologética*, este sacrificio era antiquísimo y casi universal. Consistía en “ofrecer hombres a muchos y diversos dioses. . . como cosa que a los demonios da mayor contentamiento y sobre todos los sacrificios es más agradable” (CLXI). Los demonios, por medio de los oráculos, persuadían a las gentes a que ofreciesen seres humanos, ya prometiéndoles bienes, o bien para excusar los males que a los pueblos los demonios mismos procuraban. Lactancio, al comentar el tema, mucho agravia los sacrificios de los inocentes niños —dice Las Casas—, “la edad de los cuales suele ser a los padres dulcísima”, y se ad-

mira de que no bastase la misma naturaleza y el amor natural a impedir que ofreciesen los padres a los hijos por amor y reverencia de los ídolos. "Pero pudieran responder aquéllos a Lactancio, que mayor es la piedad que se debe a Dios que a la propia sangre, porque como los que aquel sacrificio de sus hijos ofrecían, puesto que errando, creían, empero, que lo ofrecían a Dios verdadero, a quien aquéllo y más se le debe de los hombres... como todo se deba postponer y arresgar por la honra y culto y servicio de Díos". (CLXII)

*El sacrificio humano en la Nueva España. El Panquetzaliztli*

En la Nueva España sacrificaban "todas [las cosas] animadas y que tenían vida, y de las insensibles que carecían della, y de todas cuantas podían haber, sin sacar alguna": leones, gatos, tigres y otros animales; rosas y flores; sahumeros de incienso y cosas aromáticas;

...pero el más noble y alto sacrificio que estimaban y más dellos era usado y ejercitado y continuado, era el sacrificar hombres, y bañallo todo con sangre humana suya propia de cada uno y de otros, y la que de sí mismos derramaban y con cuánto dolor, era cosa espantable. (CLXIX)

En el Panquetzaliztli (xiv mes de los mexicanos),<sup>4</sup> se derramaba mucha sangre, dedicada a Tezcatlipoca y a Huitzilopochtli: los indios se sajaban las orejas, lenguas, molledos de los brazos, de los pechos y los muslos, con lancetas de sangrar muy agudas y con púas de maguey.

Luego describe Las Casas la manera de sacrificar hombres. En la Antología de la *Apologética* que acaba de publicar Edmundo O'Gorman<sup>5</sup> se registra (nota 178) que las ceremonias del Panquetzaliztli y otras descritas en la *Apologética*, son un resumen de las noticias que trae Motolinía, en la *Historia* y en los *Memoriales*.<sup>6</sup> Cotejé, pues, palabra por palabra el cap. 170 de la *Apologética* (xiv de la Antología cit.) con el 17 de los *Memoriales* de Motolinía,<sup>7</sup> que se asemeja más a la redacción

de Las Casas que el vi de la *Historia de los Indios de Nueva España*, y encontré lo siguiente:

*Apologética*

En ésta [piedra] tendían de espaldas a la *persona*<sup>8</sup> que habían de sacrificar

Entonces *uno de los sacerdotes y ministros principales de aquello*, llamado Tlamarazque o Tlenamacazque

con una piedra de pedernal de hechura de lanza jineta

como el pecho estaba muy teso, y con mucha fuerza y ligereza, como ya estaba muy experto en aquel oficio abríalo fácilmente y sacábale el corazón

*Memoriales*

En ésta [piedra] tendían de espaldas al *desventurado* que habían de sacrificar

*uno de los principales oficiales del demonio* que se llamaba tlama-cazque o tlenamacazque

con una piedra de pedernal de aquellas con que sacan lumbre, hecho como un hierro de lanza, no aguda mucho, porque como es piedra recia y salta, no se puede parar aguda: esto digo porque muchos piensan que era de aquellas navajas de piedra negra que acá hoy tiene el filo tan delgado como una navaja de barbero y corta muy dulce, sino que luego se mellan y saltan pedacitos porque es muy vedriosa la piedra: con aquel *cruel* cuchillo de pedernal

como el pecho estaba tan teso y con mucha fuerza abrían *al desventurado* y de presto sacábanle el corazón y aquel oficial deste cruel oficio daba con él encima del um-

y daba con él encima del umbral del altar, de partes de fuera  
y allí dejaba hecha una mancha de sangre, y caía el corazón a tierra  
y poníanlo luego en una escudilla delante el altar. . .

y si era de los presos en guerra, el que lo prendió, con sus parientes y amigos, llevábanlo y hacíanlo guisar y con otras comidas *componían un regocijado banquete* . . .

bral del altar, de parte de fuera,

á do dejaba hecha una mancha de sangre y caía el corazón en tierra, a donde estaba un poco bullendo, y delante el altar poníanlo en una escudilla. . .

si era de los presos en la guerra el que lo prendió, con sus amigos y parientes, llevábanlo y aparejaban aquella carne humana con otras comidas, y otro día siguiente *hacían fiesta, y reparti-do por aquellos lo comían*. . .

Como habrá podido observar el lector, Las Casas elimina todos los comentarios subjetivos de Motolinía, los comentarios *calificativos* y de indignada, horrorizada piedad por las víctimas. De esa manera (además eliminando palabras innecesarias, explicativas, digresivas), Las Casas presenta el sacrificio humano como una *técnica*. Técnica horrible, como nos dirá más adelante; mas técnica al fin, rito religioso. Para no copiar literalmente a su fuente (cosa en la cual él pone cierto orgullo),<sup>9</sup> pudo mudar simplemente los vocablos por otros más de su gusto y adherirse al juicio compasivo de Motolinía. Pero sucede que Las Casas veía el sacrificio humano entre los mexicanos como ninguno de sus contemporáneos podía verlo. Valga el ejemplo de Sahagún, al que se ha considerado como el más etnólogo e imparable de los historiadores del xvi que se ocuparon de los antiguos mexicanos. En efecto, fray Bernardino describe en términos generales, y a veces en detalle, los sacrificios humanos, pero al final reserva párrafo aparte para desahogar sus sentimientos contra los ídólatras o contra el demonio que los tenía dominados (Lib. II, cap. xx, "Exclamación del autor".) Exclamaciones del autor

Las Casas, semejantes a las de Sahagún y el mismo Motolinía, sólo las encontramos en su *Historia de las Indias*, a propósito de sus contemporáneos españoles, los conquistadores. Debemos pensar, pues, que para Las Casas el pecado de los indios era pura ignorancia del verdadero Dios, ignorancia que no podía alegar en favor de los españoles.

Por otra parte, en la descripción del sacrificio humano que hemos tomado como ejemplo de la *Apologética*, encontramos una especie de frialdad sensitiva del autor, como español, ante los hechos horribles de la religión de los mexicanos. Esa falta de "sensibilidad" se ve compensada por un exceso de inteligencia, de comprensión ante el hecho extraño, ajeno al español del siglo XVI del sacrificio humano ritual del indio. En su *Apologética*, Las Casas no es ya cronista (como lo es en su *Historia*), sino historiador y antropólogo, que recopila datos, elige, coteja, emite interpretaciones con sentido universal, cosa que no hace, creo, ninguno de sus contemporáneos respecto a la cultura de los indios.

Añadiremos también que, como resultado del cotejo que hemos hecho entre Motolinía y Las Casas, éste, al suprimir o sustituir ciertas frases del primero, obedece a un cierto afán estético en sentido amplio. Hasta lo horrible (del sacrificio humano entre los mexicanos) tiene que tener una cierta perfección, una cierta "felicidad": la concordancia de lo hecho con lo creído, de la cosa con la idea. Las Casas da una idea perfectamente cruel del sacrificio humano (una técnica).

### *La teoría de Las Casas sobre el sacrificio humano*

Los ídólatras —según Las Casas— tuvieron como intención principal hacer sacrificio a Dios verdadero. Y puesto que "nuestro entendimiento y razón natural juzga y nos enseña naturalmente y dicta que a Dios debemos ofrecer cuando le ofreciéremos lo mejor y más precioso que tuviéremos. . . quien ofreciere a Dios sacrificio de mejores y más preciosas cosas. . . visto será usar mejor que otros que ofrecieren sacrificio de no tales. . . cuan-

to al ejercicio actual de la razón". En consecuencia, los idólatras que a sus dioses ofrecían en sacrificio animales, tenían más noble y mejor concepto de Dios que los que sólo ofrecían yerbas e incienso, frutas y buñuelos, etc. "Pero las naciones que a sus dioses ofrecían en sacrificio hombres, por la misma razón mejor concepto formaron y más digna estimación tuvieron de la excelencia y deidad y merecimiento (puesto que [aunque] idólatras engañados) de sus dioses. . ."

Sobre todos los demás, los que ofrecieron en sacrificio a sus propios hijos, cuando faltaba ley positiva, humana o divina, que prohibiera ofrecer hombres, fueron los cartagineses. "Y si otra cosa hubiese de más dignidad que los hombres, como son los ángeles, ofrecellos en sacrificio a Dios era poco si fueran sacrificables",<sup>10</sup> concluye Las Casas, en una frase que lleva hasta sus últimas consecuencias su pensamiento. (Cap. CLXXXIII).

Por lo que toca al Viejo Mundo, el mejor concepto de Dios que tuvieron los gentiles, después de los cartagineses, corresponde a los antiguos españoles y a los galos. Los españoles, por haber ofrecido hecatombes de cada género de cosas, y por haber sacrificado a sus dioses a sus primogénitos y a los más hermosos (¿ángeles sacrificables?), como lo aprendieron de las gentes de Cartago, y los galos por el número de sacrificios humanos que ofrecían.

En el Nuevo Mundo, obviamente los de la Nueva España (en sentido restringido, es decir, el imperio de los mexicanos) excedieron a los demás, y cotejados con los del Viejo Mundo, a todos aventajaron, por nueve razones: sus penitencias preparatorias para sacrificar; la diversidad y multitud de géneros y especies ofrecidos en sacrificios; el dolor, aspereza y tormentos que padecían en ellos; la solicitud, diligencia y devoción que ponían en los mismos; la perpetuidad del fuego (que podría haber entrado en la razón anterior, pero que tiene aquí, por lo visto, un matiz de duración y no de intensidad); la honestidad de ceremonias, ritos y sacrificios; la excelencia y santidad de las solemnidades "pascuales" que cada 4 años tenían (razón que podría incluirse en solicitud y devoción); y finalmente el mayor número de fiestas y días solemnes religiosos.



En efecto, los indios de Nueva España ofrecían a sus dioses de todo: animales del aire, de tierra y agua; gomas y resinas, papel; ropa de algodón rica; piedras preciosas; sus sudores y su propia libertad, ya que algunos se vendían como esclavos para cumplir con las fiestas si les faltaban medios económicos. Pero, en la cumbre —nos dice Las Casas—,

...su más precioso sacrificio y más costoso y más frecuentado era derramar y henchir los templos y altares de suya propia y ajena sangre humana,

de las lenguas, los pechos, los brazos, dedos de las manos, muslos; de los miembros ocultos ofrecían abundantísima sangre, y luego, “la muchedumbre de hombres que cada año en sacrificio a sus dioses ofrecían” —repite.

No encuentra Las Casas, pues, que la Nueva España pueda competir con ninguna otra nación gentil, sino acaso con las tres arriba mencionadas: cartaginesa, española y gala. Pero reunidas todas las circunstancias de los sacrificios, el autor se decide por poner la corona de los costosos, dolorosos, y “y por esos más preciosos, aunque horrendos”, sacrificios supersticiosos a las gentes de la Nueva España, “sin agravio de ninguna otra”, y por lo tanto, la del más alto concepto de Dios posible entre las gentes carentes del conocimiento del Dios verdadero. Por lo tanto, las gentes de la Nueva España son los gentiles de más “desplegado y claro entendimiento y mejor juicio y discurso natural de razón” (CLXXXIX).

En el siguiente capítulo, Las Casas continúa probando su tesis, con la descripción de diversas fiestas y sacrificios que se hacían en la Nueva España. En él encontramos una frase interesante, quizá la más interesante, como frase, que escribiera un español del siglo XVI, y que por lo demás envidiarían un Octave Mirbeau y hasta un Marqués de Sade. Al hablar de las ceremonias que se hacían en honor de Tláloc, y las ofrecidas al dios del fuego, dice que,

...aunque eran crueles, pero eran menudas, sotiles y exquisitas...

Creo que esta frase nos da una pista para saber por qué altera, en la forma que vimos, a su fuente Motolinía. Éste no era capaz de sentir esa menudencia, sutileza y exquisitez del sacrificio humano. Rechaza en bloque el sacrificio, sin tratar de entenderlo. Las Casas, en cambio, se da cuenta de que allí hay una técnica, y una técnica refinada. Presa del demonio, los indios de Nueva España han puesto sus esfuerzos al servicio de algo equivocado. Su mirada, desorientada por falta de la gracia de la fe verdadera, los llevó a hacer sacrificios horribles, más “sotiles”, exquisitos, menudos, por su buena disposición natural para usar de la razón en la mejor forma que les era posible.

No se le escapan al ilustre dominico las consecuencias últimas de todo lo que afirma, que es lo que le interesa (por lo menos por ello luchó la mayor parte de su vida): es decir, lo que concierne a la posibilidad de convertir, por el modo único, suave y razonable que propone en su *De unico vocationis modo*. . . y en su *Historia*, a los gentiles del Nuevo Mundo. Su reflexión al respecto no viene al final de la parte de la *Apologética* en que se ocupa de la religión de los indios americanos, sino en capítulos intercalados.

De acuerdo con su propia teoría, los indios de la Nueva España serían los más difíciles de convertir a la religión cristiana, ya que, a mejor concepto de Dios (aunque supersticioso y erróneo), a mayor número de dioses y sacrificios penosos, más dificultad hay para que la gente los abandone, pues

. . . cuanto más cara y con mayores gastos y trabajos y dificultades se alcanza una cosa, tantas más prendas tiene metidas el hombre en ella, y por consiguiente tanto más se duele perdiéndola y con mayor dificultad y peor gana la deja (CLXXXV).

En cambio, la gente del Nuevo Mundo que tenía un conocimiento muy universal y confuso de Dios, pocos o ningunos templos, rudimentaria organización sacerdotal, sacrificios más deleznable; en suma, un concepto menos alto de Dios, esos son “como unas tablas rasas”, donde no hay cosa de creencia

pintada, o muy débil, no muy arraigada; sólo poseen el principio universal de que hay Dios y una

apetito naturale de buscallo [y por tanto] fácil cosa será persuadillos y en ello confirmallos que aquel que congnoscen confusamente y andando ciegos buscan, no es el sol, ni el agua, sino el criador de aquéllos" (*Ibid.*).

Una vez que hayan recibido el bautismo (y con él las virtudes infusas que proporciona), serán cristianos perseverantes. Respecto a los mexicanos "...respondemos —dice— que aquí corre más fuerza de la duda, y que no hay razón de negar que no haya más dificultad en la conversión dellos que en las gentes de otras partes". Sin embargo, hay la esperanza de que con el bautismo, que infunde la gracia y la virtud, dejen sus errores. Y al menos "es probable" que si adquieren la fe cristiana, ésta será en ellos más fuerte y estable que en otros (CLXXXV).

Las "tablas rasas" de que nos habla el padre Las Casas en la *Apologética* son particularmente los indios de las islas del Caribe, en especial los Lucayos, que él conoció personalmente; su entusiasmo por ellos, a quienes pinta como gentes paradisíacas, de la Edad de Oro, es extraordinario.<sup>11</sup> Éstos son la materia ideal para poner en práctica sus teorías sobre la conversión por medios pacíficos.

De abajo a arriba sería, pues, su clasificación de los pueblos gentiles en relación a su posibilidad de conversión a la fe; es decir, en proporción inversa a su rango de racionalidad actual, o al estadio de civilización en que se encuentran. En el Nuevo Mundo, el grado de "convertibilidad" (y de civilización), sería:

a) Los indios de las islas (concepto universal y confuso de Dios).

b) Los de las provincias de Tigués, Cívola, Quivira y la Florida, que sólo adoraban al sol y tenían sacrificios suaves, ligeros y fáciles.

c) Los del valle de Sonora, que ofrecían corazones de animales. Asimismo los de Paria, Brasil, Río de la Plata, Venezuela, Santa Marta, Nuevo Reino de Bogotá, etcétera.

d) Los de la Nueva España o reino de los mexicanos.

Ese pesimismo de Las Casas con respecto a la posibilidad de convertir a los indios más civilizados, no era infundado. Vaya como un ejemplo entre tantos otros posibles nuestra experiencia personal de hace algunos años en la Sierra de Puebla: ahí los totonacas de San Marcos Eloxochitlán llamaban indistintamente *Chichini* (nombre que en el capítulo CLXXVI de la *Apologética* registra Las Casas como del Dios-sol de los totones en el siglo XVI)<sup>12</sup> indistintamente al Sol y a la custodia u ostensorio del Santísimo Sacramento (al que tomaban, tal vez, como representación del Dios-sol por su semejanza con el astro). ¿Quién ignora que en los grupos indígenas que aún persisten en México, hay sólo una capa de catolicismo sobre una religiosidad profunda, pero pagana —“aunque errónea”, diría el padre Las Casas?

Lo que el padre Las Casas no llegó a expresar claramente es que, en menor o mayor grado, la religión de cualquier pueblo convertido es un sincretismo. Sin embargo, encontramos en toda la parte de la *Apologética* que se ocupa de la religión, pequeños párrafos, aquí y allá, donde —gran observador como era Las Casas— registra las supervivencias de paganismo en diversas naciones cristianas de su tiempo. Son rasgos aislados, que habían perdido su original significado pagano a través de los siglos. De donde podemos concluir que el autor de la *Apologética* esperaba la cristianización de los indios al correr del tiempo, que acaba por transformarlo todo.

Ejemplos, tomados al azar, de esos rasgos de origen pagano entre los cristianos, son los siguientes:

De la ceremonia romana en el día dedicado a la diosa Ceres, consistente en encender lámparas o luminarias en memoria de la búsqueda, con hachas encendidas, que esta diosa hizo —según la fábula— de su hija Proserpina, raptada por Plutón en Sicilia para casarse con ella, deriva, dice Las Casas,

en la Iglesia cristiana la costumbre de las candelas el día de Nuestra Señora Candelaria, para desarraigar las reliquias de la superstición y ritos que las gentes habían tenido en su idolatría. Otros creen haber habido principio de de las fiestas que los romanos llamaban juegos o fiestas segillares. . . , las cuales cuasi por aquel tiempo del mes de hebrero y con aquel rito las celebraban (CLIV).

En esos juegos sigillares,

enviábanse de unas casas y de unas personas a otras en el mes de enero ciertos simulacros o imágenes o ídolos de cobre, parte, y de oro y plata y también de barro... y aunque entre los cristianos no se envían destos idolillos, por ser señal de idolatría en los panes y en las frutas de sartén se ponen algunas caras y figuras, el cual uso, de aquellos resabios antiguos se vino derivando (CLXIV).

También relata Las Casas que, estando en Roma, en 1507, vio los vestigios de la festividad pagana de las Flautas o de los Tibicines, tañedoras de ellas, celebrada el 13 de enero, muy deshonesta, en la que los hombres se vestían de mujeres, y viceversa, enmascarados, haciendo bailes y danzas:

...y la memoria y vestigio dellos yo los he visto... Juntábanse por Pascua de los Reyes y hasta las Carnestolendas muchos cantores y tañedores, y entraban en las casas de los ricos, donde tañían y cantaban dulcemente, y después pedían sus estrenas o aginaldo (CLXIV).

Hay otras muestras de lo mismo en la *Apologética*. Las que hemos elegido, empero, creo que demuestran suficientemente lo que afirmamos arriba: que Las Casas tenía ideas muy particulares sobre el proceso de conversión de los pueblos a la fe verdadera. Confiaba en la gracia divina; pero también esperaba (y por eso propugnaba) mucho del método para lograrlo, y mucho más aún del tiempo.

### *Conclusiones. La Historia y la Apologética*

A la luz de este análisis sucinto del sacrificio humano en la *Apologética historia*, el padre Las Casas resulta de una sorprendente novedad, en su tiempo. Motolinía y Sahagún, por ejemplo, registran con sorprendente fidelidad los hechos que presenciaron o que obtuvieron de sus informantes indígenas, sin que ninguno escape a los comentarios comunes de los frailes y colonizadores de la época: que el sacrificio humano entre los indios

era signo, o del imperio diabólico que imperaba entre los mexicanos, o de la inferioridad racional de los indios (Oviedo). Para Las Casas, en cambio, los indios son pecadores por carecer de la gracia divina, y así, en cierta manera no son ya pecadores. Viven, simplemente, en la ignorancia de la fe revelada. Su pecado es una especie de “desorientación de la mirada” (como, en nuestro tiempo define Simone Weil al pecado en general),<sup>13</sup> una especie de gran infortunio, ya que el objetivo del indio gentil es, en su intención, Dios verdadero. El teólogo más brillante de la época, Francisco de Vitoria, condenó el sacrificio humano en nombre de la sociabilidad humana universal, ya que juzgaba que incluía la injuria a los inocentes y a la humanidad entera, y lo consideraba título legítimo de intervención bélica por parte de los cristianos. Las Casas, como hemos visto, no acepta la doctrina de Vitoria en este punto, sino que lo justifica y hasta lo ensalza entre los pueblos que carecen de la fe cristiana. Por esa razón don Ramón Menéndez Pidal dice, en su biografía de Las Casas,<sup>14</sup> con una indignación apasionada, y como un insulto a su ilustre antepasado, que éste era defensor del sacrificio humano, y que se gloriaba de ello.

Efectivamente Las Casas, en su *Carta* de 1563 a los dominicos de Chiapa y Guatemala, recordando su controversia con Sepúlveda en 1551, cita la *Apología* que allí leyó, donde —dice— probó

muchas conclusiones que antes de mí nunca hombre las osó tocar ni escribir, e una dellas fue no ser contra ley ni razón natural. . . ofrecer hombres a Dios, falso o verdadero (teniendo el falso por verdadero) en sacrificio.<sup>15</sup>

Así pues, tres años antes de morir, Las Casas considera timbre de gloria propia sus opiniones sobre el sacrificio humano, y con razón. Es tal vez el único español de su época que era capaz de *ver* la cultura indígena *desde dentro*, es decir, en el caso del sacrificio humano, *desde* la religión y el punto de vista de los mexicanos. Si ellos creían —piensa Las Casas— que ofrecían sacrificio a Dios verdadero, eran congruentes y “buenos” de acuerdo a lo que consideraban la verdad, *su* verdad.<sup>16</sup>

Y aunque ese razonamiento tan notable de fray Bartolomé no nos autorice a calificarlo o catalogarlo como "relativista", en el sentido que este término tiene en nuestro tiempo, sí podemos afirmar que, por lo menos, la gran experiencia que fue para él su contacto con ese otro mundo extraño de los indios americanos le despertó graves dudas respecto a la validez absoluta, universal, de los valores culturales europeos de su tiempo. Además, no olvidemos que Las Casas tenía grandes dotes de novelista, es decir: tenía gran facilidad para ponerse en lugar de su personaje y comprenderlo. De esa manera, su protagonista, el indio americano en la *Apologética historia*, lo lleva a decir aquella frase que hemos calificado como la más notable de un español del siglo XVI acerca de los sacrificios humanos. ¿No es acaso mucho decir, para un fraile dominico, que esas horribles ceremonias eran espantosas, pero... sutiles, menudas y exquisitas?

Por otra parte, si comparamos la *Apologética* con la *Historia*, ambas obras nos explican toda la vocación del autor, pues mientras que la primera es la historia de los *infielos fieles* (a su gentilidad), la segunda es, en gran parte, la de los *fieles infieles*: los cristianos que no ponen en práctica sus creencias, y de ese modo no sólo son incongruentes consigo mismos, sino también infieles a la misión providencial que Dios les encomendó de cristianizar a los habitantes del Nuevo Mundo.

Así, la lectura de la *Apologética* nos aclara muchas cosas que han parecido sorprendentes en la *Historia*: el tono de ira de este libro y la egolatría del autor (pues como dijimos ya,<sup>17</sup> la *Historia* es, en gran parte, una especie de autobiografía espiritual de Las Casas, que decididamente se siente singular, diferente a la mayoría de sus contemporáneos). ¿No se explica el tono de profeta airado que adopta Las Casas en la *Historia*, a la luz de sus íntimas convicciones sobre el indio en la *Apologética*? Los que han recibido el singular privilegio de la fe verdadera, y la gracia señalada de evangelizar un mundo nuevo (*Historia*), al encontrarse con su destino no comprenden su misión —excepto el autor y unos pocos más, sobre todo frailes de santo Domingo. En cambio, los infieles americanos, en su aislamiento, dejados de la mano de Dios (es decir, en el mundo

natural), pues no había llegado aún su hora, le ofrecen a ese Dios desconocido lo mejor de sí mismos: su propia sangre y hasta su vida (*Apologética*: tema de los sacrificios humanos). Y cuando al fin ambos mundos se encuentran, sólo hay —según Las Casas— una incomprensión y explotación del indio por el español, y en consecuencia un extrañamiento del indio con respecto al Dios verdadero (de lo que se queja en la *Historia* y en muchos otros de sus escritos).

Pero la *Apologética* es para nosotros, sobre todo, el gran intento intelectual de un español del siglo xvi de comprender desde su mundo al indio americano (y no sólo de describirlo), como prójimo (próximo) del europeo, y de incorporarlo a la historia de la humanidad. El sacrificio humano, el cotejo de la religión de los indios, en general, con las de los pueblos paganos del Viejo Mundo, y aun el rastreo de vestigios de paganismo en las naciones cristianas de la época en la *Apologética historia*, ese libro admirable y tan poco conocido, es una muestra del formidable intento de Las Casas.

#### NOTAS

<sup>1</sup> En *Bartolomé de Las Casas, pensador político, historiador y antropólogo*. La Habana, 1949.

<sup>2</sup> En "La *Apologética historia* como expresión de una Antropología", estudio preliminar al mismo libro. En *Obras escogidas de fray Bartolomé de Las Casas*, III. Madrid, 1958. (Bib. de Autores Españoles, t. 105).

<sup>3</sup> Prólogo a la *Apologética historia*. UNAM, México. (Inst. de Invest. Históricas). De próxima aparición.

<sup>4</sup> Sahagún lo registra como el xv.

<sup>5</sup> Fray Bartolomé de LAS CASAS, *Los indios de México y Nueva España*. Antología. Edic., prólogo, apéndices y notas de Edmundo O'GORMAN, con la colaboración de Jorge Alberto MANRIQUE. México, Porrúa, 1966. (Sepan cuantos . . . , 57).

<sup>6</sup> Por otra parte, la Antología citada es, quizás, el único esfuerzo que hasta la fecha se ha hecho para determinar las fuentes históricas de Las Casas. *Vid.* allí "Bibliografía especial. Fuentes utilizadas por Las Casas", p. 197.



<sup>7</sup> Fray Toribio de MOTOLINÍA, *Memoriales*. Documentos Históricos de México de Joaquín García Icazbalceta. México, 1903.

<sup>8</sup> Subrayamos en ambos textos lo que nos parece diferente o significativo.

<sup>9</sup> Véase v. gr. el cap. CCXXIII, donde dice que cambia, no el sentido de lo escrito por fray Andrés de Olmos, cuya *Relación* tuvo en su poder, sino que sólo mudó algunos vocablos por "no sonar bien, según el estilo que al presente usamos".

<sup>10</sup> De donde implícitamente se infiere que el sacrificio de Cristo "sacri-ficable", hecho hombre, es el sacrificio más sublime: el sacrificio de Dios-hombre a Dios.

<sup>11</sup> Véase también *Historia*, Lib. 1, cap. XL, XLV; 3, XI.

<sup>12</sup> Véanse las interesantes conclusiones a que llega O'Gorman en sus notas a los capítulos 13, 29 y 30 (sobre los totonacas) en la Antología citada.

<sup>13</sup> En: "L'amour de Dieu et le malheur", en *Attente de Dieu*, París, La Colombe. 1957. p. 87.

<sup>14</sup> *El padre Las Casas. Su doble personalidad*. Madrid, Espasa Calpe, 1963. pp. 214-215.

<sup>15</sup> *Opúsculos, cartas y memoriales*. En *Obras escogidas...* Bib. de Autores Españoles. t. 110. Madrid, 1958. p. 471.

<sup>16</sup> Véase una observación semejante en la apreciación del arte indígena por Las Casas en Jorge Alberto MANRIQUE, "Las Casas y el arte indígena", en *Revista de la Universidad de México*. xx, 10 (junio de 1966).

<sup>17</sup> En *Las Casas, biógrafo de sus contemporáneos y de sí mismo en la Historia de las Indias*. México, UNAM, 1963 (tesis).